

El Crepúsculo de la Realidad en los Modos Peirceanos de Fijación de las Creencias: el juego entre los interpretantes emocionales y lógicos (*)

Ivo A. Ibri

Centro de Estudios de Pragmatismo
Pontificia Universidade Católica de São Paulo (PUCSP) - Brasil

Resumen: La *Fijación de la Creencia* (1877) es probablemente uno de los ensayos más famosos entre todos los publicados por Charles S. Peirce (1839-1914) durante su vida. En este ensayo, Peirce proponía cuatro métodos según los cuales las creencias humanas se pueden volver fijas, a saber, tenacidad, autoridad, a priori y científico. Sin embargo, considero que la riqueza y la originalidad de este ensayo no han sido todavía suficientemente exploradas, especialmente cuando hacemos uso de los conceptos y vocabulario de la Semiótica para un análisis más profundo de las consecuencias pragmáticas de estos métodos de fijación. Así, pueden plantearse algunas de las siguientes preguntas: ¿qué modos de cognición o, en otras palabras, qué interpretantes lógicos están relacionados con esas creencias? ¿Qué tipo de conjeturas sobre los interpretantes emocionales podrían proponerse, teniendo en cuenta su posible consideración por el psicoanálisis? ¿Qué tipo de acción suscita cada una desde su lado exterior, que permite inferir la naturaleza general de la respectiva creencia por su lado interior? Estas preguntas, supuestamente, abrirían un nuevo e interesante nivel especulativo para entender los cuatro tipos de creencia y, en consecuencia, los hábitos asociados con cada uno de ellos. Para tratar estas cuestiones, pretendo utilizar el concepto de *dialogía semiótica* como un proceso que ofrece continuidad hacia formas lógicas generales capaces de comunicación y crecimiento. Se resaltarán que, cuando esta continuidad es bloqueada o se trunca, surgirán como consecuencia creencias dogmáticas.

Palabras clave: *Peirce, creencias pragmáticas, interpretantes, dialogía semiótica.*

Abstract: The *Fixation of Belief* (1877) probably is one of the most famous among the papers published by Charles S. Peirce (1839-1914) during his lifetime. In this essay, Peirce proposed four methods hereby human beliefs may become fixed, namely, tenacity, authority, *a priori* and scientific. However, I consider that the richness and originality of this paper were not yet completely explored, mainly when we make use of the concepts and vocabulary of Semiotics for a deeper analysis of the pragmatic consequences of such fixation methods. Then, some of the following questions can be formulated: which cognition modes or, in other words, which logical interpretants are connected with these beliefs? What sort of conjectures about the emotional interpretants could be proposed, taking into account their possible consideration by psychoanalysis? To what types of action each one gives rise, as their external side that allows inferring the general nature of the respective belief as its internal side? These questions, supposedly, would open an interesting new speculative level for understanding the four types of belief and, consequently, of the habits that are associated with each one. To treat such questions, I intend to use the concept of semiotic dialogy as a process that provides continuity towards general logical forms capable of communication and growth. It will be highlighted that, when this continuity becomes blocked or truncated, dogmatic beliefs consequently arise.

Keywords: *Peirce, pragmatic beliefs, interpretants, semiotic dialogy.*

(*) Versión del portugués al español por Maria Alejandra Caporale Madi.

1. Consideraciones generales sobre la naturaleza de los interpretantes

Los estudiosos de Peirce ciertamente conocen su famoso ensayo la *Fijación de la Creencia*¹, uno de los pocos publicados entre la vasta obra del autor. En él, Peirce enumera cuatro tipos de creencias que parecen destinadas a agotar los modos en que ellas son humanamente fijadas y que, por ello, moldean pragmáticamente la manera en que un individuo, o incluso una comunidad entera, están dispuestos o son propensos a actuar. Peirce, en ese ensayo, hace una especie de inventario de las condiciones por las cuales se fija uno u otro modo, y debemos aquí explicitar en qué sentido se usa el término 'fijación'. Creo que esto se justifica al recurrir a la conceptualización de qué es una *creencia* según Peirce, es decir, algo pensado como un *hábito* de acción², un modo de actuar que revela una *redundancia* de conducta. Parece razonable pensar en la idea de hábito como una regla de acción que se *fija* en la mente del agente, sea individual o colectivo, ya que es de su propia esencia promover acciones redundantes, es decir, conductas similares bajo condiciones similares. En este punto, tomando esta conceptualización como clara, las siguientes preguntas parecen ser apropiadas:

[a] ¿Por qué la mente humana³ necesita creencias?

[b] ¿Sería también la respuesta a la pregunta [a] capaz de justificar por qué el hombre desarrolla hábitos?

Hay en la obra de Peirce pasajes bien conocidos que confrontan los estados mentales de creencia con aquellos de duda, afirmando, por un lado, el malestar psicológico generado por la duda y, por el contrario, la relativa y serena rutina, podría decirse, proporcionada por el estado de creencia. Evidentemente estos estados se vinculan a lo que Peirce denomina creencias y dudas reales, a saber, aquellas que tienen consecuencias para la conducta -son aquellas que tienen, en otras palabras, *sentido pragmático*. Se sabe, también, que Peirce rechaza todos los tipos de escepticismo que nacen y permanecen solamente en el plano teórico y especulativo, sin que traigan consecuencias prácticas, o sea, sin que puedan afectar a la conducta. A la luz de su pragmatismo, tales corrientes escépticas carecen de significado. Es interesante resaltar cómo una especie de *aparecer del concepto* en forma de *acción* se establece como condición de significación ya en la filosofía joven de Peirce. Por esta razón, el acceso a otras mentes es proporcionado por el modo en que se manifiestan públicamente, entendiendo por *público* todo conjunto de objetos que puede proporcionar una experiencia comunitaria directa. En otras palabras, el concepto de acción se vuelve ontológicamente significativo definiendo la relación entre el mundo interior, configurado por creencias, hábitos, conceptos, y el mundo exterior, público, al que cualquier mente tiene un acceso directo, potencial y circunstancial. Al decir que "todo conocimiento del mundo interno se deriva, por razonamiento hipotético, de nuestro conocimiento de hechos externos"⁴, Peirce ya había establecido en su juventud la exigencia de un significado pragmático que, según él, no era cumplida por la mayoría de los 'falsos escepticismos'.

¹ EP 1.109-123.

² Ver W 3.247/EP 1.114. "El sentido de creer es más o menos una indicación segura de que se ha establecido en nuestra naturaleza algún hábito que determinará nuestras acciones".

³ Confinaré por ahora la idea de mente al universo humano, independientemente de la amplitud que asuma en la filosofía de Peirce, tal y como es propuesta en su Idealismo Objetivo.

⁴ "Algunas consecuencias de cuatro incapacidades" (CP 5.264-317).

A la pregunta [a] mencionada anteriormente, Peirce responde de cierta forma contrastando los estados psicológicos de la mente que duda y de la que cree, como ya hemos señalado. En su etapa madura de reflexión, él hace una autocrítica de su trabajo y se acusa de nominalista. En efecto, me parece que lo más correcto sería reconocer que el realismo siempre fue embrionario, genético, en su obra y que su desarrollo teórico pasa gradualmente a exigir no solo un cambio de vocabulario, sino también su ampliación en función del surgimiento de nuevas doctrinas filosóficas, notoriamente las de sesgo metafísico. Ese movimiento llevó al total abandono de términos de naturaleza psicológica, de manera concomitante con su insistencia en la necesidad de discernir entre psicología y lógica. De hecho, más que afirmar un ‘malestar’ posiblemente universal creado por el estado de duda, sería mejor justificar la necesidad de establecer creencias a través de una perspectiva fenomenológica y semiótica. Esa tarea es también de naturaleza pragmática, en tanto que las creencias genuinas son guías de conducta. Y, ¿por qué no afirmar, en sentido ontológicamente fuerte, que adoptar una conducta es, en líneas generales, decidir existir, participar en un *teatro de reacciones* —término peirceano— en conjunto con otros seres existentes? Adoptar una conducta implica algún ejercicio de racionalidad que construya *mediaciones* en relación con un mundo reactivo, habitado fundamentalmente por una alteridad cuya naturaleza no se someta a las representaciones que de ella podemos hacer, sea por conceptos, sea por proyecciones de la voluntad. Estamos, ahora, no solamente en el ambiente fenomenológico y semiótico de la filosofía de Peirce, sino también dentro del esquema de sus categorías. Necesitamos construir mediaciones que representen la alteridad e *interpretar* permanentemente sus acciones. Fenomenológicamente, necesitamos saber qué puede suceder en el futuro para ajustar nuestra conducta a los hechos. Aquí ya parece claro que las creencias se justifican —son hábitos de acción que se asocian a una conducta redundante porque alcanzan los fines deseados— y aquí me parece que la pregunta [b] se considera de alguna manera. Una vez dicho esto, sin embargo, surge una cuestión más compleja que podemos suponer que estará íntimamente relacionada con la propuesta de este trabajo: ¿qué fines serían esos y cómo se vincularían a la naturaleza de los dos interpretantes más importantes de la Semiótica de Peirce —el lógico y el emocional? Enfatizo aquí estos dos por suponer que los demás tipos de interpretantes están, en cierta manera, asociados íntimamente a ellos, a saber: el inmediato, el dinámico, el energético y el final. En líneas generales, bajo el punto de vista del pragmatismo, los interpretantes *deben ser* potencialmente accesibles a la cognición de otras mentes, lo que, de cierta manera, termina por implicar a los interpretantes energético y final en la medida en que la acción que se deriva de ellos se revela como inteligente, o sea, teleológica. Los así denominados inmediato y dinámico implican relaciones específicas con el tiempo, como lo hacen el emocional y el lógico, en la forma de intermediación y mediación. Lo que es importante en este trabajo es distinguir interpretantes que den lugar a acciones derivadas de una continuidad puramente cualitativa, como son las emociones, el universo de los sentimientos —el continuo de los qualisignos, para ser más fiel al vocabulario semiótico—, de los interpretantes asociados a acciones derivadas de una continuidad lógica, o sea, constituida por relaciones generales entre variables espacio-temporales. Al margen de la complejidad que envuelve esa clasificación, una posible síntesis de los interpretantes se basaría en el poder predictivo de cada uno de ellos. Así, interpretantes emocionales e inmediatos son signos no comprometidos con *Cronos*⁵. El energético inserta el interpretante en su dimensión existencial, como sinsigno, permitiendo alguna forma de acción. Los

⁵ Uso ese término en el sentido de tiempo objetivo, bajo la tercera categoría.

interpretantes dinámico, final y lógico son aquellos que, de acuerdo con sus respectivas naturalezas, se insertan en la temporalidad. El interpretante dinámico debería estar fenomenológicamente abierto al diálogo para que pueda dar soporte a la formación de interpretantes lógicos que sean guiados de modo supuestamente verdadero a interpretantes finales.

Con esas consideraciones, a pesar de tener que reconocer que son concisas en función de las limitaciones de espacio de este trabajo, busco justificar, en líneas generales, mi enfoque en los interpretantes emocionales y lógicos, resaltando aquí sus caracteres inmediato y mediato, respectivamente. Esto los hace diferentemente comprometidos con el tiempo *Cronos*, por su subjetivación más o menos aguda bajo el tiempo *Kairos*⁶. Los interpretantes lógicos llevan pragmáticamente a conductas dirigidas bajo hipótesis de una conducta de alteridad en el futuro, o bajo hábitos que logran conducir a fines deseados. Los interpretantes emocionales llevan pragmáticamente a acciones que no consideran el futuro y, así, son típicamente acciones marcadas por su carácter de *presentidad*. Los continuos de cualidades que caracterizan a los interpretantes emocionales no contienen reglas proyectivas dirigidas a la conducta futura de los hechos, de la alteridad. No es de extrañar que tales continuos estén lógicamente asociados a *posibilidades* y no contengan *forma lógica*. Su lado exterior aparece solo como existencia, como segundidad, sin ser una réplica o un sinsigno capaz de insertarse como caso de un legisigno. Se supone que, al contrario, el interpretante lógico causa pragmáticamente acciones que son parte de una regla definidora de conducta, dotada de alguna forma lógica. Este pretende tener poder predictivo y, así, sería deliberativo para una conducta futura que se vuelve mediada por él.

Ya es hora, supongo, de reflexionar más detenidamente sobre las formas de fijación de creencias tal como son propuestas por Peirce.

2. Los interpretantes en las formas de creencia

Como es bien sabido por los estudiosos, Peirce elige cuatro métodos de fijación de creencias, a saber, tenacidad, autoridad, *a priori* y científico, listados en la misma secuencia de exposición en que aparecen en el ensayo original. Empecemos reflexionando sobre la creencia científica, continuando con el método de autoridad, *a priori* y, finalmente, el de tenacidad. Modifico la secuencia original con la hipótesis de cerrar el diálogo semiótico de cada una de ellas con el objeto dinámico. Ese tipo de creencia surge por el *diálogo semiótico* continuo de las teorías con la experiencia, y las teorías adoptadas como *verdaderas* son aquellas que tienen buena *adherencia*⁷ a los hechos. Es esa buena adherencia entre los signos y sus objetos la que permite que los interpretantes lógicos comunes se anclen a toda la comunidad de investigadores. Debería señalarse que las ciencias de la naturaleza, donde esa comunidad es más amplia que en las llamadas ciencias humanas⁸, producen interpretantes que no dependen de idiosincrasias culturales o ideológicas —se puede estudiar Física, por ejemplo, en países

⁶ Por otro lado, *kairos* es aquí considerado como tiempo subjetivo, tal como puede ser sentido psicológicamente.

⁷ Trabajé el concepto de “adherencia” en un sentido muy común en las ciencias físicas en (IBRI, 2012) e (IBRI, 2015). Ese enfoque del término es diferente a la forma en que Peirce lo usa, a saber, *unirse* a alguna opinión general o *adoptarla* (ver CP 2.427, 4.63, 5.382, 6.492).

⁸ Pueden atribuirse muchas razones a esa diferente universalidad de las ciencias en las dos áreas. Hay, por ejemplo, problemas de métodos de investigación y de falta de uniformidad de la terminología (ver “Ética de la Terminología” de Peirce, CP 2.219-226/EP 2.263-266), a la par de la experiencia histórica que diferencia las jóvenes *humanidades* de las mucho más maduras ciencias llamadas naturales.

ideológicamente dispares, hecho que era aún más evidente durante la guerra fría de los años sesenta, y se aceptarán las mismas teorías como verosímiles. Hasta donde se sabe, no hay registros de ciencias de la naturaleza de izquierdas o de derechas. La razón para esa universalidad es el completo reconocimiento de la distinción entre objeto inmediato y dinámico que se hace efectivo en la propia práctica científica. Las teorías cimentadas en el primero buscan, de manera incesante, el segundo. El lado externo de los objetos bajo investigación es la expresión genuina de su lado interior, al menos cuando se trata de sustentar su estructura lógica, porque es ella la que determina la estructura lógica de los interpretantes. Debe decirse, sin embargo, que hay un lado oculto de la realidad que no se muestra en absoluto. Ese sería el caso de la *cosa en sí* de Kant, que, para Peirce, carece de significación posible: lo que nunca entra en un teatro de reacciones no puede ser considerado *real*. Ser real y ser cognoscible son, en la filosofía de Peirce, expresiones equivalentes⁹. Esa condición no necesita otro fundamento que el de la interacción de las categorías peirceanas. Primeridad y Terceridad deben aparecer por su lado exterior, a saber, como Segundidad, la categoría donde las indeterminaciones de los continuos sin forma (primeridad) y con forma (terceridad) son determinadas como hechos particulares *hic et nunc*, mostrándose a cualquier mente abierta a su interpretación. Las creencias científicas no pueden, así, cristalizar sus hábitos mediante las teorías que determinan la *lectura* de los fenómenos. Estos, los fenómenos, son manifestaciones de objetos dinámicos que desafían a su representación, como objetos inmediatos, a ser genuina o, en otras palabras, a estar bajo la tensión permanente de la adherencia necesaria entre el curso de los hechos y las predicciones teóricas. Se podría decir que las creencias científicas son creencias *vivas*, en la misma medida en que sobreviven sostenidas en el diálogo interpretable entre los signos y sus objetos. Para tales creencias, la alteridad tiene siempre la última palabra, porque es la que impone la forma lógica que deben tener las mediaciones, de modo que determinen eficientemente la conducta a ser adoptada en el *teatro de reacciones*.

Debería señalarse que, al definir las creencias científicas como creencias vivas, podemos extender una característica típica de la práctica de las ciencias a todos los seres que, de un modo o de otro, mantienen un diálogo vivo con los fenómenos en que se insertan. Animales y plantas no pueden cristalizar sus conductas, bajo pena de perecer. Su objeto dinámico, *la vida*, determina las mediaciones que permiten la acción orientada a la supervivencia, adoptadas por las especies en la forma de interpretantes lógicos de los signos producidos por el medio ambiente. La tenacidad, en ese caso, puede significar la *muerte*, como expondré más adelante.

Así, se puede decir que seres vivos que sobrevivieron a lo largo de la evolución desarrollaron mediaciones que han guiado sus conductas con éxito. Estudiar los hábitos de una especie es representar los interpretantes que ella adoptó para cohabitar con los demás seres que constituyen su medio ambiente. El proceso evolutivo como un todo puede ser entendido como una compleja red lógica desarrollada por la generalización de procedimientos efectivos para fines vitales. Se trata de un proceso semiótico de aprendizaje pragmático, es decir, de un movimiento reflexivo que incorpora, en el universo simbólico de las especies, generalizaciones de conductas que conducen al crecimiento, a la diversificación y al mantenimiento de la vida. Aprender es el verbo que es compartido por las creencias científicas y las especies naturales. En ambos casos hay que manejar la segundidad de los hechos, interpretándolos e incorporándolos

⁹ Ver, por ejemplo, CP 5.310: “[...] lo que quiera que sea significado por un término tal como ‘lo real’ es cognoscible en algún grado y, así, es de la naturaleza de una cognición, en el sentido objetivo del término”.

pragmáticamente al modo de actuar. En ambos casos, los hechos tienen la última palabra —el objeto dinámico se impone al objeto inmediato contenido en los interpretantes lógicos.

Veamos ahora el segundo tipo de creencia según la secuencia que adoptamos, distinta, como ya se ha dicho, a la que aparece en el ensayo de Peirce. Se trata de la creencia por autoridad. Como Peirce señala, esa creencia es muy eficiente en el sentido de promover acciones colectivas orientadas a los fines elegidos por la autoridad. Ejemplos expresivos de ese tipo de fijación de creencia son las instituciones en que se da una jerarquía rígida, como en las organizaciones militares. En ellas hay un diálogo semiótico con la experiencia que determina la conducta, y la interpretación final de los hechos está a cargo de la autoridad. El éxito o fracaso de las acciones implica, generalmente, un mérito o demérito de los que mandan. Las personas siguen un plan de acción impuesto por la autoridad —conjeturar de manera abductiva, llevar las estrategias a la práctica e interpretar sus resultados son prerrogativas de quien manda. Los ejecutores solo son responsables de la generalización empírica de las acciones en su segunda instancia. En cierta forma las teorías estratégicas son determinadas por los resultados prácticos, y el diálogo con la experiencia, en el caso de las guerras, por ejemplo, es agudizado por el juego cruelmente posible entre victoria y derrota, entre vida y muerte. La necesidad de eficiencia es, en esos casos, vital, y no hay lugar para ningún interpretante emocional ante la necesidad de predecir un hecho futuro mediante el mejor análisis lógico posible¹⁰.

El esquema centralizado de las interpretaciones de la creencia por autoridad, verificable en las instituciones militares, se atenúa, parece lícito afirmar, en las corporaciones empresariales, donde hay jerarquías de mando que no se caracterizan necesariamente por la autoridad, sino, más bien, por esquemas de liderazgo. En estos últimos casos, se puede suponer que en diversos niveles de la jerarquía hay una producción de interpretantes lógicos basados en la experiencia factual, y que estos circulan en una red comunicativa que promueve un comercio de signos y significaciones. Los personajes de una corporación, dependiendo de los grados de libertad de que disfrutan, participan en la elaboración de los planes de acción y en la interpretación de los resultados, sugiriendo hipótesis y planes alternativos. De cualquier modo, aún en esos casos, la autoridad puede tomar unilateralmente decisiones finales. En esos dos ejemplos predominan los interpretantes lógicos, supongo, ante la urgente necesidad de éxito de las acciones que se realizan. Es interesante observar sin embargo que, en los casos descritos, pueden asociarse interpretantes emocionales con los fines de la acción, en la medida en que la acción está sujeta a juicios morales. Las guerras, parece obvio decir, no siempre tienen una finalidad liberadora. Abundan en la historia humana las que implican una dominación final por la fuerza, y sus resultados, es evidente, quedan sujetos a juicios de valor que envuelven interpretantes emocionales.

A su vez, las empresas buscan vender sus productos en un mercado de consumidores que, muchas veces, son seducidos por interpretantes emocionales cuidadosamente pensados mediante estrategias de marketing. Esa dimensión ética, compleja como debe

¹⁰ Peirce destaca la efectividad del método de autoridad, subrayando su papel social en estados autoritarios: “El método de autoridad gobernará siempre la masa de la humanidad; y aquellos que dominan las varias formas de fuerza organizada dentro del Estado nunca se convencerán de que el peligroso razonamiento no debería suprimirse de alguna manera. Si la libertad de expresión ha de ser liberada de las formas más burdas de restricción, entonces la uniformidad de opinión estará asegurada por un terrorismo moral, al cual la respetabilidad de la sociedad dará su entera aprobación. Seguir el método de autoridad es el camino de la paz” (CP 5.386).

ser, no puede sin embargo analizarse aquí satisfactoriamente, aunque a pesar de todo debe ser mencionada por su importancia y por las sugerencias que proporciona para una reflexión más profunda.

Tomemos ahora la creencia *a priori* para su análisis. Tales creencias no se fijan por un diálogo con objetos dinámicos, ya que estos están fuera de la experiencia —no son fenomenológicos, como diría Kant. Peirce afirma¹¹ que ese tipo de creencia es aquel fijado por la tendencia humana a creer aquello que puede serle conveniente, cumpliendo el papel de traer un cierto bienestar *espiritual* a quien cree. Sin embargo, este método está lejos de conseguir un acuerdo universal de opiniones, fijándose por medio de doctrinas que afirman la realidad de objetos cuyo lado exterior no puede ser experimentado, permaneciendo solo internos a lo que en teoría se afirma de ellos. Entre estos casos, se encuentran todas las metafísicas que afirman *a priori* la realidad de objetos que cumplen el papel de dar sentido a la finitud humana, por las promesas de atemporalidad en una vida trascendente a ella, donde también los impíos serán finalmente llevados a la justicia. La obra de Kant no solo alertó ampliamente sobre la falta de científicidad de esas metafísicas, sino que también mostró tácitamente los riesgos del ejercicio de poder de la autoridad que podría causar la emergencia de signos de los objetos¹², como ocurre en lo imaginario de un escritor de literatura. Sin el ancla de la realidad, podría decirse, a los hombres les acecha el posible yugo del que arbitra qué es lo verdadero. La creencia en objetos excluidos de la *experiencia posible*¹³ hace que su aceptación como realidad ocurra solo a través de interpretantes emocionales, ya que los interpretantes lógicos *pragmáticos* son factibles cuando son determinados por objetos dinámicos, a saber, objetos reales. Se puede decir que del método científico hasta el *a priori*, pasando por el de la autoridad, los interpretantes emocionales derrotan gradualmente a los lógicos, en tanto que los primeros anclan las creencias. Esto, a mi modo de ver, se da por una especie de *crepúsculo* gradual de la realidad, si se me permite esta metáfora, en cuanto algo radicalmente independiente de nuestras opiniones. Ese movimiento, debemos señalar aquí, rompe el acuerdo universal de las opiniones promovido por la determinación del signo por el objeto, llevándolo a relativismos que provienen del juicio de los objetos creados solamente en el interior del signo. La arbitrariedad, se puede decir, es lo que circula en las venas de quien simplemente ejerce poder. Lo que sería una hipótesis en un argumento lógicamente bien elaborado, se convierte, sin credenciales, en una teoría verdadera. Lo que debería ser una mediación cognitivamente construida se convierte en normativo de la conducta de la alteridad.

¿Será el último método de fijación de las creencias, la Tenacidad, la más plenamente representativa del *crepúsculo* gradual de la realidad que es proporcionado por los dos métodos anteriores? Todo lleva a creer que sí, a la vista del concepto que Peirce atribuye a ese método: tenaz es todo método que fija creencias al mantener inmutables las opiniones establecidas sobre los objetos, sin importar lo que puedan traer nuevos fenómenos, ya que la mente tenaz los ignora en favor de un valor más alto, a saber, la estabilidad de una concepción del mundo que no sea amenazada por la experiencia. En efecto, ese método busca aislar la mente de los objetos dinámicos que podrían afectar a los objetos inmediatos que están dentro de las opiniones. Se trata, a la luz de lo que

¹¹ En CP 5.386, se lee: “El método *a priori* se distingue por sus cómodas conclusiones. La naturaleza de ese proceso es adoptar cualquier creencia a la que estamos inclinados, y hay ciertos halagos para la vanidad humana en los que todos creemos por naturaleza hasta ser despertados de nuestro agradable sueño por algunos hechos rudos”.

¹² Ver la *Metafísica de los Costumbres* de Kant: “el abuso más intolerable de la suprema autoridad” (MM 320).

¹³ Esa es, como se sabe bien, una expresión kantiana universal.

hemos estado conceptualizando, de una creencia *muerta*, a pesar de que posiblemente actúe, para quien la sostiene, como viva. Hay aquí, supongo, una intensa predominancia de interpretantes emocionales apoyados por las certezas inmutables de proposiciones que representan sus opiniones sobre el mundo. Pienso que una persona o conjunto de personas que creen así sobrevive en un mundo propio, privado, pero que al interactuar con una mente o con mentes que practican creencias vivas entran en conflicto con ellas de manera inevitable. Fenomenológicamente, su seguridad emocional se basa en evitar los riesgos de revisar sus creencias dando voz al objeto dinámico en sus manifestaciones en la experiencia. La mente tenaz, de este modo, no conjetura jamás. Al generar estabilidad y bienestar emocional para sí, la mayor razón de su modo de ser, crea alrededor de sí, en el ámbito de su red social, conflictos irreconciliables de relación. Hay ciertas personas, pienso, que, una vez que pertenecen a un ambiente social, actúan como campos de fuerza física, tal como el magnético y el eléctrico, generando a partir de ellas el precio que su tenacidad acaba cobrando a los otros, una infelicidad tridimensional y severa. Lo único que les queda, como alternativa, es aislarse de la red semiótica que los desafía a hacer conjeturas, una figura lógica impensable para la mente tenaz, y vivir su ficción como si fuera realidad. El psicoanálisis tiene su espacio garantizado dentro de esta descripción, enumerando las posibles anomalías psíquicas que la tenacidad puede acarrear.

Me parece que Peirce, al tratar de ese método, no hace la debida crítica de las posibles consecuencias que tal método puede traer, como busco hacer aquí. Él, me permito conjeturar, parece ser tácitamente irónico sobre esas consecuencias. En *CP* 5.386 se lee:

Pero más que todo, admiro el método de tenacidad por ser directo, y por su fuerza y simplicidad. Los hombres que lo siguen se distinguen por su carácter decidido, que se vuelve muy fácil con tal regla mental. No pierden tiempo en intentar aclararse de lo que quieren, sino que, apresurándose como un relámpago sobre cualquier alternativa que les llegue primero, se mantienen fieles a ella hasta el fin, pase lo que pase, sin un instante de indecisión. Esta es una de las espléndidas cualidades que generalmente acompaña al éxito brillante y poco duradero. Es imposible no envidiar al hombre que es capaz de dejar a un lado la razón, aunque sabemos cómo debe resultar eso finalmente.

No puedo evitar pensar que solo una melancólica ironía, a partir de un interpretante emocional bastante amargo, realza el *éxito* de la mente tenaz sin explicar cuál sería. Tal vez podamos pensar en las personalidades autoritarias que someterían otras mentes a su poder. Sin embargo, podemos dejar aquí legítimamente una significativa pregunta: ¿Por cuánto tiempo permanecería silenciosa la *verdad* en su versión marcadamente realista, tal como está presente en el propio corazón de la filosofía de Peirce? Dejemos que su creador responda:

Aunque puedas engañarte a ti mismo, tienes una experiencia directa de algo que reacciona contra ti. Puedes suponer que hay alguna sustancia en la que **ego** y **no-ego** tienen por igual las raíces de su ser; pero eso está al margen de la cuestión. El hecho de la reacción permanece. Existe la proposición de que es así, independientemente de tu opinión sobre ella. *La esencia de la verdad reside en su resistencia a ser ignorada.* (*CP* 2.139 —mis cursivas).

Referencias Bibliográficas

Ibri, Ivo A., "Choices, dogmatisms and bets: justifying Peirce's realism", *Veritas*, PUCRS, v. 57, n. 2, pp. 51-61, 2012.

_____. "The ontology of action in Peirce's philosophy". *The status of thought in honorem professor Ivan Mladenov*. Elka Traykova, Paul Cobley, Miryana Yanakieva, Raya Kuncheva, Andrey Tashev (eds.). [s.l], Sofia Publishing Center, 2015.

Kant, Immanuel. *The Metaphysics of Morals*. Cambridge University Press. Mary J. Gregor (ed.), Segunda edición, 1996.

Peirce, Charles S. *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings*. Nathan Houser y Christian Kloesel (eds.). Bloomington: Indiana University Press, 1992. V. 1 [Citado *EP*, seguido por el número del volumen y por el número de página].

_____. *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings*. The Peirce Edition Project (ed.). Bloomington: Indiana University Press, 1998. V. 2 [Citado *EP*, seguido por el número del volumen y por el número de página].

_____. *Writings of Charles Sanders Peirce: a Chronological Edition*. The Peirce Edition Project (ed.). Bloomington: Indiana University Press, 1982-2010. 8 V. [Citado *W*, seguido por el número del volumen y por el número de página].

_____. *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. Charles Hartshorne, Paul Weiss, y Arthur W. Burks (eds.). Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1931-35 e 1958, 8 vols. [Citado *CP*, seguido por el número del volumen y por el número del párrafo].